

Jeromin

• 10 • céntimos

Premio extraordinario y Medalla de oro en el Congreso Nacional Catequístico de Zaragoza.

ARO III

Revista para los jóvenes.

MADRID

NUM. 101



TRIUNFO DE «JEROMIN» EN ZARAGOZA

DE LOS APENINOS A LOS ANDES



CONTINUACIÓN

que le dijo, medio en italiano medio en lombardo: «¿Qué tienes, chiquillo?». Alzó la cara al oír aquellas palabras, y en seguida se puso en pie, lanzando una exclamación de sorpresa. «¿Usted aquí?». Era el viejo labrador lombardo, con el cual había contraído amistad durante el viaje. La admiración del viejo no fué menor que la suya. Pero el muchacho no le dejó tiempo para preguntarle y le contó rápidamente lo ocurrido. «Heme aquí ahora sin dinero: es menester que trabaje; búsqume usted trabajo para poder reunir algunas pesetas; yo haré todo: llevar ropa, barrer las calles, hacer encargos; hasta trabajar en el cam-

po: me contento con vivir de pan de munición; pero que pueda yo marchar pronto, que pueda encontrar alguna vez a mi madre; ¡hágame usted esa caridad, búsqume usted trabajo, por amor de Dios, que yo no puedo resistir más!». «¿Cáspita, cáspita! —dijo el viejo, mirando alrededor rescándose la barba—. ¿Qué historia es ésta? Trabajar... se dice muy pronto; ¡Veamos! ¿No habrá aquí medio de encontrar treinta pesetas entre tantos compatriotas?». El muchacho le miraba, animado por un rayo de esperanza. «Ven conmigo», le dijo el viejo. «¿Dónde», preguntó el chico, volviendo a cargar con el baulillo. «Ven conmigo». El

viejo se puso en marcha, Marcos lo siguió y anduvieron juntos buen trecho de calle sin hablar. El lombardo se detuvo en la puerta de una fonda que tenía en la muestra una estrella, y escrito debajo: «La Estrella de Italia». Se asomó adentro, y volviéndose hacia el muchacho le dijo alegremente: «¡Llegamos a tiempo!». Entraron en una habitación grande, en donde había varias mesas y muchos hombres sentados, que bebían y hablaban alto. El viejo lombardo se acercó a la primera mesa, y en el modo de saludar a los seis parroquianos que estaban a su alrededor se comprendía que se había separado de ellos poco antes. Estaban muy



encarnados y hacían sonar sus vasos, voceando y riendo. «Camaradas! —dijo sin más preámbulos el lombardo, quedándose en pie y presentando a Marcos—. He aquí un pobre muchacho, compatriota nuestro, que ha venido solo, desde Génova a Buenos Aires, para buscar a su madre. En Buenos Aires le dijeron: «No está aquí; está en Córdoba». Viene embarcado a Rosario, en tres días y tres noches, con dos líneas de recomendación; presenta la carta; le reciben mal. No tiene un céntimo. Está aquí solo, desesperado. Es un infeliz muy animoso. Hagamos algo por él. ¿No ha de encontrar lo necesario para pagar el billete

hasta Córdoba y buscar a su madre? ¿Hemos de dejarle aquí como un perro?». «¡Nunca, por Dios! ¡Nunca nos lo perdonaríamos! —gritaron todos a la vez, pegando puñetazos en la mesa—. ¡Un compatriota nuestro! ¡Ven aquí, muchacho! ¡Cuenta con nosotros los emigrantes! ¡Mira qué hermoso muchacho! ¡Aflojad los ochavos, camaradas! ¡Bravo! ¡Ha venido solo! ¡Tiene ánimos! Bebe un sorbo, compatriota. Te enviaremos con tu madre: no hay que dudarlo.». Uno le tiraba un pellizco en la mejilla; otro le daba palmadas en la espalda; un tercero le alivaba del peso del cofrecillo; otros emigrantes se levantaron y

se acercaban; la historia del muchacho corrió por toda la histeria; acudieron de la habitación inmediata tres parroquianos argentinos, y en menos de diez minutos, el lombardo que presentaba el sombrero, le reunió cuarenta y dos pesetas. «¿Has visto —dijo entonces volviéndose hacia el muchacho— qué pronta se hace esto en América? ¡Bebe! —le gritó, echándole un vaso de vino—. ¡A la salud de tu madre!». Todos levantaron los vasos, y Marcos repitió: «¡A la salud de mi...!». Pero un sollozo de alegría le impidió concluir, y, dejando el vaso sobre la mesa, se echó en brazos del viejo lombardo. La mañana siguiente, al romper



el día, había salido ya para Córdoba, animado y riendo, lleno de presentimientos halagüenos. Pero esta alegría no correspondía al aspecto siniestro de la naturaleza. El cielo estaba cerrado y oscuro; el tren, casi vacío, corría a través de inmensa llanura, en la que no se veía señal alguna de habitación. Se encontraba solo en un vagón grandísimo, que se parecía a los de los trenes para los heridos. Miraba a derecha e izquierda, y no veía más que una soledad sin fin, ocupada sólo por pequeños árboles deformes, de ramas y troncos contrahechos,

que ofrecían figuras raras y casi angustiosas y airadas: una vegetación oscura, extraña y triste, que daba a la llanura el aspecto de inmenso cementerio. Dormitaba una media hora y volvía a mirar; siempre veía el mismo espectáculo. Las estaciones del camino estaban solitarias, como casas de ermitaños; y cuando el tren se paraba, no se oía una voz: le parecía que se encontraba solo en un tren perdido, abandonado en medio del desierto. Creía que cada estación debía ser la última y que se encontraba, después de ella, en las tierras mis-

teriosas y horribles de los salvajes. Una brisa helada le azotaba el rostro. Embarcándolo en Génova a fines de abril, su familia no había pensado que en América podría encontrar el invierno, y le había vestido de verano. Al cabo de algunas horas comenzó a sentir frío, y con el frío el cansancio de los días pasados, llenos de emociones violentas y de noches de insomnio y agitadas. Se durmió; durmió mucho tiempo; se despertó aterido; se sentía mal. Y entonces le acometió un vago terror de caer malo, de morir en el viaje y de ser arro-

jado allí, en medio de aquella llanura solitaria, donde su cadáver sería despedazado por los perros y por las aves de rapina, como algunos cuerpos de caballos y de vacas que veía al lado del camino de vez en cuando, y de los cuales apartaba la mirada con espanto. En aquel momento estaba inquieto; en medio de aquel tétrico silencio de la naturaleza, su imaginación se excitaba y volvía a pensar en lo más negro. ¿Estaba seguro de encontrar en Córdoba a su madre? ¿Y si aquellos señores de la calle de las Artes se hubieran equivocado? Con estos pensamientos llegó a adormecerse, y soñó que estaba en Córdoba, de noche, y oía gritar en todas las puertas y ventanas: «No está aquí... no está aquí!». Se despertó sobresaltado y vió en el fondo del vagón a tres hombres con barbas, envueltos en mantas de diferentes colores, que lo miraban ha-

blando bajo entre sí; y le asaltó la sospecha de que fuesen asesinos y le quisiesen matar para robarle el equipaje. Al frío, al mal estar, se agregó el miedo; la fantasía, ya turbada, se le excitó. Los tres hombres le miraban siempre, y uno de ellos se movió hacia él. Entonces le faltó la razón, y corriendo a su encuentro con los brazos abiertos, gritó: «No tengo nada; soy un pobre niño; vengo de Italia; voy a buscar a mi madre; estoy solo; ¡no me hagáis daño!». Los viajeros lo comprendieron todo en seguida; tuvieron lástima; le hicieron caricias y le tranquilizaron, diciéndole muchas palabras que no entendía; y viendo que castañeteaba los dientes por el frío, le echaron encima una de sus mantas, obligándolo a que se durmiera. Cuando se despertó estaba en Córdoba. ¡Oh! ¡Qué bien respiró y con qué ímpetu se echó del vagón!

Preguntó a un empleado de la estación dónde vivía el ingeniero Mequinez; le dijo el nombre de una iglesia, al lado de la cual estaba su casa; el muchacho echó a correr hacia ella. Era de noche. Entró en la ciudad. Le pareció entrar en Rosario otra vez, al ver calles rectas, flanqueadas de pequeñas casas blancas y cortadas por otras calles rectas y larguissimas. Pero había poca gente, y a la luz de los pocos faroles que había encontraba caras extrañas, de un color desconocido, entre negro y verdoso; y alzando la cara de vez en cuando, veía iglesias de una arquitectura rara, que se dibujaban inmensas y negras sobre el firmamento. La ciudad estaba oscura y silenciosa; pero después de haber atravesado aquel inmenso desierto, le pareció alegre. Preguntó

(Continuará.)

FIGURAS DE MOVIMIENTO



Sépárense las seis figuras cortando por la línea que las une; después se da, en cada una, un corte por la línea de puntos, de-

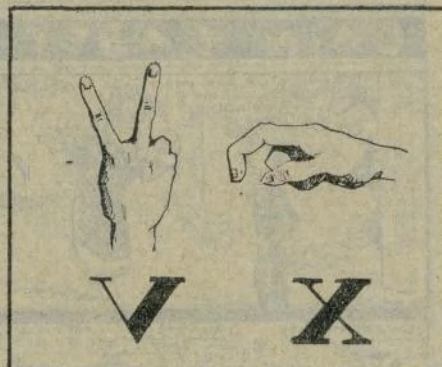
jando a la izquierda un pequeño margen sin cortar. Hecho esto, se ponen unas sobre otras, como las hojas de un libro, y

basta levantar cualquiera de las tres partes en que se han dividido las figuras para ver cómo se transforman en distintos personajes.

UTIL Y RECREATIVO



1.º La posición de Jeremín con la bandera indica la letra H.



2.º Las posiciones de las manos indican las letras V y X.

3.º Con las letras iniciales de las cosas



dibujadas, formar el nombre de una ciudad de España. (La solución, en el próximo.)

(SOLUCIÓN DEL ANTERIOR: Sevilla.)





GATITO



PAYASO



HERRIAS



GRAMOFONO



NEGRO



TAMBOR



BALON



DIA



PLA



DADOS



MUÑECA



OSITO



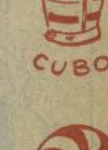
TROMPETA



AEROPLANO



CUBO



PELON



MUÑECO



PATINETE



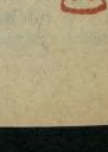
PATO



SOLDADITO



COMETA



VAPOR

Cascarilla

PANCHO Y FARINA

Maravillosa Historia de Jeromin

MIKI, MICI Y MIU

Repollo



—Este chico me está dando la lata con sus ceprichos. ¡Mira que tiene gracia el que tenga que hacer el gato.



—¡Gras! —Saj ya, Cascarilla; no me gusta cómo haces el gato; no sabes decir bien ¡miau! ¡miau!... ¡Ja... ja! Caíste en la trampa.



—¡Caracoles con el chico! Pues no había abierto el cajón del tocador. Buena se va a armar cuando venga la mamá!



El chico: —¡Qué risa! ¡Qué divertido resulta esto! ¡Ay, que viene mamá! Taparé a Cascarilla con el espejo.



—Mi ama, no se enfade; me encargó que divertiera al (neno), y lo he logrado plenamente. Mire con qué ganas se ríe.



CUANDO MAMA NOS ENCARGA ALGO, ME TIEMBLAN MIS PEGAS CARNE.



NO PUEDO CON ELLA. ¡INI VO!



¡NO TE PESA MUCHO LA CARGA, JIRAFITA?



A MI, LAS COSAS QUE HAGO POR VOSOTROS NUNCA ME PESAN...



¡VAESTAMOS AQUÍ MAMA!



¡MIRA, LUISITA, ALGUNA PERSONA MAL EDUCADA HA TIRADO EN LA ACERA UNA CÁSCARA DE NARANJA, QUE PUEDE OCASIONAR LA CAÍDA DE ALGÚN TRANSEUNTE. VOY A QUITARLA. Y JEROMIN SE BAJÓ PARA HACERLO. EN



—Mira, Luisita, alguna persona mal educada ha tirado en la acera una cáscara de naranja, que puede ocasionar la caída de algún transeunte. Voy a quitarla. Y JEROMIN se bajó para hacerlo. En



derribarle al suelo, cosa que lo logró fácilmente, pero pisando en la cáscara de naranja, resbaló y...



había dejado reclinada en la pared para ir a echarse una copa en una taberna próxima, intentó dar con ella un terrible brochazo a JEROMIN; pero con tan mala fortuna, que quien lo recibió fue su compañero «Colilla», que, entretenido en rascarse



los naricos, no vio venir el nuevo golpe. Esto sacó de quicio a «Colilla», y arrojándose furioso sobre «Mantecas», le derribó al suelo y se hartó de darle puntetazos, mientras JEROMIN y Luisita proseguían su paseo, celebrando el nuevo fracaso



En aquel momento, el «Mantecas», que en unión de su amigo «Colilla» iba siguiéndolos, para darle, como siempre, la lata, se lanzó a la carrera hacia JEROMIN, con intención de darle un empujón y



derribarle al suelo, cosa que lo logró fácilmente, pero pisando en la cáscara de naranja, resbaló y...



había dejado reclinada en la pared para ir a echarse una copa en una taberna próxima, intentó dar con ella un terrible brochazo a JEROMIN; pero con tan mala fortuna, que quien lo recibió fue su compañero «Colilla», que, entretenido en rascarse



los naricos, no vio venir el nuevo golpe. Esto sacó de quicio a «Colilla», y arrojándose furioso sobre «Mantecas», le derribó al suelo y se hartó de darle puntetazos, mientras JEROMIN y Luisita proseguían su paseo, celebrando el nuevo fracaso



los naricos, no vio venir el nuevo golpe. Esto sacó de quicio a «Colilla», y arrojándose furioso sobre «Mantecas», le derribó al suelo y se hartó de darle puntetazos, mientras JEROMIN y Luisita proseguían su paseo, celebrando el nuevo fracaso



¡OLE, OLE, UN RATÓN! ¡VAMOS A CAZARLE!



¡SINO ANDAMOS VIVOS SE NOS ESCAPA!



¡HAY DIOS MIO, ESTO SON BOMBAS!



¡SINO CARGAIS PRONTO LAS REMOLACHAS OS MATO A PALOS!



¡JANDA, VEN POR OTRO VIAJE QUE AQUÍ TE ESPERO!



—¡Hombre! ¡Una fuente! ¡Qué bien! Con la sed que yo tengo. Voy a hincharme como una rana.



¡Caracoles, y qué fuerte está el resorte! Pero, ¿qué hay que se me resista?



Pues, nada, parece que se me resiste. ¡Bah! Esto es cuestión de amor propio y... a amor propio no me gana nadie.



¡Bueno! Esta fuente cree que soy un cualquiera y voy a demostrarla que... si aquí no sirve para nada...



Conviene llevarla a otra parte, en donde preste el debido servicio. ¡Yo no aguanto bromitas pesadas!

CAÍN Y ABEL, CHICOS DE HOTEL

TERESA, NIÑA TRAVIESA



CHICO, VE POR MI PERRITO QUE ME LE HE DEJADO EN EL COCHE.



¡QUITA IDIOTA! ¿Crees que todas las propinas van a ser para ti?



¡VAYA PERRITO!



¡GUAY!



¡NO INTENTES SACAR AGUA DEL PILÓN, PORQUE NO TE DEJARÉ VO.



¡HUY!



¡CLUP!



¡JANDA, VEN POR OTRO VIAJE QUE AQUÍ TE ESPERO!





Cuentos fantásticos

HISTORIA DE ALADINO O LA LAM- PARA MARAVILLOSA

En la capital de un reino de la Arabia había un sastre muy pobre, llamado Mustafá, el cual tenía un hijo que se había educado en el más completo abandono, por lo cual era aficionado a la holganza y se pasaba la mayor parte del día jugando con los chiquillos de la calle y haciendo travesuras. Viendo Mustafá que no podía hacer vida de travieso muchacho, se afligió de tal suerte que no tardó en enfermar y morir, dejando al hijo y a la viuda en la más completa miseria. La pobre mujer vendió los utensilios del difunto, liquidó la tienda y se dedicó a hilar algodón para ver de vivir medianamente. Aladino, que así se llamaba el hijo del sastre, se iba haciendo cada vez más perezoso y travieso. Mas sucedió que estando un día jugando en la plaza con otros chicos de su calca, llegó allí un mágico africano, que se paró a contemplarle, y después de observarle detenidamente, se acercó a él y le preguntó si era hijo del sastre Mustafá. «Sí, señor, respondió el muchacho; pero mi padre hace ya mucho tiempo que murió.» Al oír tal respuesta, el mágico africano se arrojó al cuello de Aladino abrazándole y llorando amargamente, y diciendo que era hermano de Mustafá. Se informó

más de no hacer nada, me llena de disgustos, por lo que estoy decidida a mandarle por esos mundos a buscar fortuna.» «Eso que haces no es razonable, Aladino, dijo el africano; debes ayudar a tu madre a ganar la vida. Si no te gusta el oficio de tu padre, puedes buscar otro, que hay oficios de todas clases y no faltará alguno que te guste, como, por ejemplo, el de comerciante. Si quieres hacerte comerciante, yo estoy dispuesto a montar una tienda para ti.» «Sí, señor, me gusta el oficio de comerciante, porque no tienen mucho que trabajar», dijo Aladino. «Pues entonces, continuó el mágico, dentro de dos días yo te compraré una tienda para que te establezcas.» La madre de Aladino dió rendidas gracias al generoso protector; y cuando terminaron la comida le despidió con todas las atenciones que le fué posible. Al día siguiente llevó el mágico a Aladino a casa de un sastre y le compró un magnífico traje, y después le fué enseñando las mejores tiendas de la ciudad y los más suntuosos edificios que en ella había. El gozo de la viuda fué inmenso al ver a su hijo tan obsequiado y con tan vistoso traje y bendijo mil veces al generoso tío. Al día siguiente volvió el africano, y con el pretexto de que era viernes y de que estaban las tiendas cerradas, se llevó a Aladino a pasear por los jardines de la ciudad, a fin de que se fuese puliendo un poco.

(Continuará.)



luego del sitio en donde vivía la madre de Aladino y dió a éste un puñado de monedas para que se las entregase, diciéndole que los iría a visitar al día siguiente. Aladino fué corriendo a buscar a su madre y a contarle la aventura; pero la buena mujer le dijo que ellos no tenían tal pariente. Al otro día volvió el mágico al encuentro de Aladino y le dió más monedas para que las llevase a su madre, a fin de que dispusiese una comida a la que asistiría él. Cuando la madre de Aladino vió tanta generosidad se dispuso a recibir dignamente al mágico; y cuando todo estaba ya al corriente, llegó el supuesto tío cargado con frutas y flores que depositó sobre la mesa. Después empezó a derramar lágrimas y hacer grandes demostraciones de sentimiento. Apenas se hubo serenado, dijo a la viuda: «No extrañes, hermana mía, el no haberme visto hasta ahora; pues hace cuarenta años que salí de este país y he viajado y sufrido mucho hasta poder tornar a la patria querida, para ver los objetos amados de mi corazón. Lo más doloroso para mí es el haberme encontrado, nada más llegar, con la terrible noticia de la muerte de mi hermano.» Mas viendo que el giro de aquella conversación entristecía a la viuda, se dirigió al joven y le preguntó cómo se llamaba. «Me llamo Aladino», respondió el muchacho. «Y bien, Aladino! ¿En qué te ocupas? ¿Sabes ya algún oficio?» Como Aladino bajase los ojos avergonzado, tomó la palabra su madre y dijo: «Es un vago y un holgazán, del que no pudo su padre conseguir nada; y como no gana ni un céntimo tengo yo que trabajar día y noche para que podamos vivir; ade-

La vieja y el espejo

FABULA

Una vieja, arrugada y regañona, todavía juzgándose persona y olvidada de que es género añejo, un día se miraba en un espejo. Y viendo en él su mísera figura, vota, maldice, jura, y se araña la cara sin consuelo; echa el espejo al suelo y, desde lejos, dice balbuciente: «¡Lindos espejos se hacen al presente! ¡Ah! Bien hayan mil veces los de antaño.» De esta suerte se admite el desengaño.

JOSÉ AGUSTÍN IBÁÑEZ DE LA RENTERÍA.

ACERTIJOS Y ADIVINANZAS

Ante un lamento si pones dos ya tendrás la solución.
(La solución en el próximo número.)

SOLUCION DEL NUMERO ANTERIOR

Pardiez.

Ayuntamiento de Madrid



El A. qui TO NOTA os, D
ben pomez OLVD y e
tituden SU emp y
que el exito D ellos
D pen D de y Dios, D
nosotros lo que: D nues
tra! PDE h
que NOTA sul on bien p
nu: t s p s Beho, aun
que NO 1ez K a ve lo con
tra

SOLUCIONES A LA CARTA ANTERIOR

Con el trabajo y la disciplina se preparan los niños para ser el día de mañana miembros útiles de la sociedad y ciudadanos modelos. El que no aprende a trabajar y a obedecer, será un perturbador, una rémora dentro de la sociedad y no podrá formarse un hogar, en el que el bienestar y la dicha tengan asiento.

UN TRIUNFO DE «JEROMÍN»

Recientemente se celebró en Zaragoza el tercer Congreso Nacional Catequista, que, por diversos conceptos, revistió una solemnidad e importancia verdaderamente extraordinarias. Una de sus secciones la constituyó la nutrida exposición de obras catequísticas y en ella figuró nuestro JEROMÍN. El Jurado de esta exposición, constituido por personas competentísimas en cuanto se relaciona con la educación de los niños, después de un detenido estudio de cuanto figuraba en el importante certamen, procedió a la distribución de premios, concediendo a JEROMÍN: Premio extraordinario y la Medalla de oro del Congreso «por la obra moralizadora que está realizando!» Esta obra moralizadora junto con la cultural y patriótica, fué la finalidad que se propuso JEROMÍN al nacer. El galardón logrado en Zaragoza proclama elocuentemente que JEROMÍN ha cumplido fielmente su programa que, con ayuda de Dios, seguirá cumpliéndole. Diariamente recibimos cartas de párrocos, maestros, padres de familia y hasta de los mismos niños que nos dan la enhorabuena y nos animan a continuar en obra tan altamente educadora y patriótica.

Si estos testimonios no fuesen suficientes aun podemos aducir el convincente de la tirada que en poco más de un año ha logrado JEROMÍN: 24.000 ejemplares! Tirada que, de número a número, crece considerablemente. Esto indica que, además de educar y moralizar, JEROMÍN deleita a sus pequeños lectores. Los jeroministas pueden estar orgullosos de su revista, la mejor, indiscutiblemente, entre las de su género.

CONSEJOS DE «JEROMÍN»

Todo buen jerominista ha de ser un gran patriota, esto es, ha de amar a España, no tan sólo porque todo buen ciudadano está obligado a amar a su nación, sino porque España tiene méritos sobrados para que sus hijos estén orgullosos de ella. ¿Ser español es una cosa muy grande; porque es pertenecer a una raza que ha realizado las proezas más maravillosas de la historia! La historia de España es la más gloriosa del mundo.

¿Cómo se demuestra el amor a España?

El 25 de noviembre de 1562 y en el número 82 de la calle Mayor, que entonces se llamaba puerta de Guadalajara, nació en Madrid Félix Lope de Vega Carpio, uno de los más célebres y grandes poetas y escritores españoles, apellidado con justicia el *Fénix de los Ingenios*.

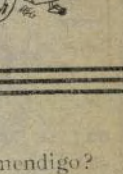
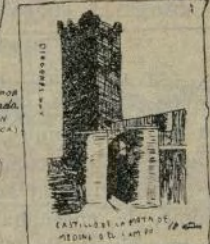
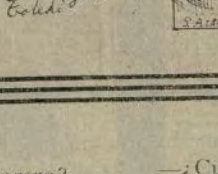
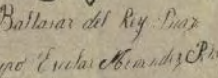
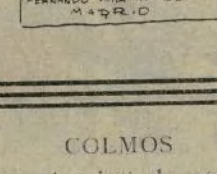
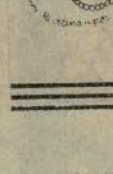
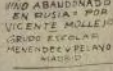
maturgo:
Félix de Vega y Francisca Fernández, pertenecientes ambos a la nobleza, fueron los felices padres del doctor Fray Lope de Vega Carpio, el prodigio del Universo, la gloria de la nación, el lustre de la patria, el oráculo de la lengua, el centro de la fama, el punto de mira de la envidia, el cuidado de la fortuna, el fénix de los siglos, el príncipe de los versos, el Orfeo de las ciencias, el Apolo de las musas, el Horacio de los poetas, el Virgilio de la epopeya, el Homero de la poesía heroica, el Píndaro de los líricos, el Sófocles de los trágicos y el Terencio de los cómicos.»

A los cinco años, refiere el citado Montalbán, Lope de Vega leía en romance y en latín, «y era tanta su inclinación a los versos que, mientras no sabía escribir, repartía su almuerzo con los otros mayores para que le escribiesen lo que él dictaba.»

Habiendo perdido a su padre cuando presumía de mozo, Lope, deseoso de correr mundo, púsose de acuerdo con su amigo Hernando Muñoz, muchacho también de gran ingenio, y juntos marcharon a pie y escasos de dinero a recorrer varias provincias de España.

(Continuará.)

No lo olvidéis, jeroministas: amad a España y preferid siempre sobre lo extranjero, a todo lo que sea español.



—¿Cuál es el colmo de un torero?
—Torear con una capa de nieve.

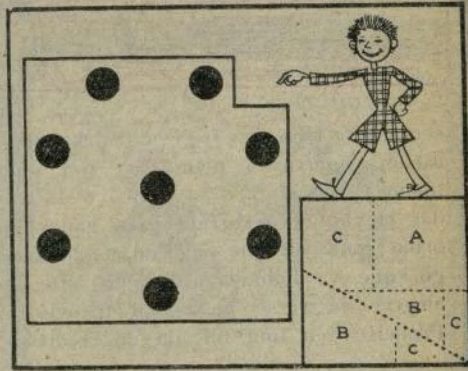
—¿Cuál es el colmo de un tejero?
—Hacer una teja para cubrir el apetito.

—¿En qué se parece mi casa a tu casa?
—En que los dos decimos mi casa.
Bautista Martín y Gustavo Travez.

—¿Cuál es el colmo de un mendigo?
—Pedir con la boca del estómago.
Ignacio del Castillo.
—¿Cuál es el colmo de un marchante?
—Venderse él mismo, por borrego.
*Atanasio Domingo Pérez, trece años, Al-
cantarilla (Murcia).*
—¿Cuál es el colmo de un ladrón?
—Robar la vergüenza de uno que no la
tiene.

A hand-drawn map of a park area. The map is enclosed in a rectangular border. At the top left, there is a fence and a trash can. A person is sitting on a bench near the trash can. A path is marked with dashed lines and numbers. The path starts at point 1, goes to 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 28, 29, 30, 31, 32, 33, 34, 35. The path ends at point 35. There are also numbers 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 28, 29, 30, 31, 32, 33, 34, 35 scattered around the path. The map is drawn in a simple, sketchy style.

1.º Unid los puntos desde el 1 al 43, y tendréis el dibujo completo.



2.º Dividir el cuadro en ocho partes iguales, de forma que en cada una tenga un redondel.

(La solución en el próximo número.)

JEROMIN, la revista para jóvenes más artística, amena e instructiva

Con censura eclesiástica.

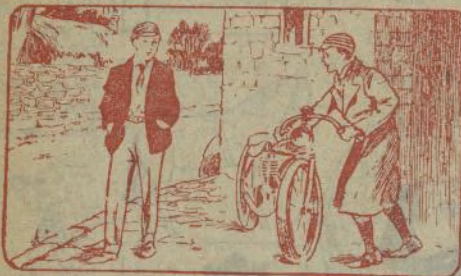
PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
Un ejemplar, 5,20 pesetas al año.

Por paquetes de cinco ejemplares en adelante, a razón de ocho céntimos ejemplar.—Número suelto, 10 céntimos. — Pagos adelantados.

Dirección y Administración: Calle Mayor, número 92, pral. izquierda. Madrid.

Telefone 18.491.

Ayuntamiento de Madrid



Francisco era un chico muy aficionado al deporte del motorismo, y, llevado de su afición, siempre que podía se iba a un taller de reparaciones de motocicletas, en el cual un amigo suyo, llamado Jaime, le enseñaba a distinguir todas las piezas de dichos arte-



factos. Aprovechando un día la ocasión de encontrarse con su amigo Jaime, que se disponía a dar un paseo, le rogó que le dejara darse una vueltita con la motocicleta, a lo que aquél accedió gustoso, colmando así una de las mayores aspiraciones de Francisco. Iba



que no cabía en sí de gozo nuestro héroe corriendo por la carretera, que bordeaba un río, cuando en las inmediaciones de un puente le pareció distinguir un bulto que se agitaba en medio de la corriente; ya más próximo, comprobó que se trataba de una perso-



na; se acercó a la orilla, dispuesto a salvarla. Rápidamente desmontó un neumático y se lo arrojó al hombre, que ya estaba a punto de sucumbir, pues sus fuerzas parecían estar casi agotadas. Animándole al mismo tiempo para que resistiera, pues faltaban pocos mo-



mentos para que estuviera a salvo. Pero, ante el temor de que el hombre no tuviera fuerzas para agarrarse al salvavidas que flotaba a corta distancia de él, se arrojó resueltamente al agua, decidido a agotar todos los medios que estuvieran a su alcance para salvarle.



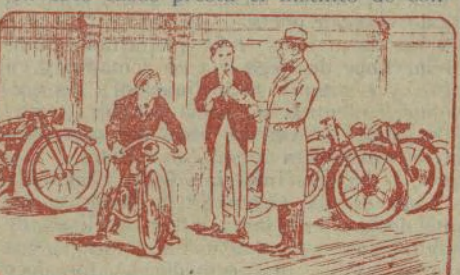
Instante después, y tras una ruda lucha con la corriente, Francisco se hallaba al lado del hombre, y cogiendo el neumático le colocó bajo los brazos del desgraciado, que, instintivamente, se aferró a él con todas las fuerzas que en esos casos presta el instinto de con-



servación. Una vez realizada dicha operación, agarró el neumático con una mano y con la otra se dedicó a desandar el camino recorrido para ganar la orilla; una vez que llegaron, el naufrago, que ya había reaccionado ante la alegría de verse a salvo, envolvió a Francisco en una mirada de reconoci-



miento. Y le contó cómo él era el dueño de un taller de reparaciones de motocicletas, que había en el próximo pueblo, y habiéndose despistado cuando iba por la orilla del río, había ido a zambullirse en él con su automóvil, y de fijo hubiera perecido a no ser por su afortunada intervención. Excusa-



do es decir la alegría que produjo a Francisco la inesperada revelación, y más cuando al día siguiente el hombre por él salvado fué al taller y, como recompensa de su acción, no sólo le dio una fuerte recompensa, sino que le colocó en su taller, colmando de esta suerte su mayor aspiración.

HISTORIA DE UN MOZALBETE APELLIDADO «CHURRETE» (Continuación.)



Después de regañar Churrete a los negritos por miedosos, dijo: «Ahora veréis cómo se caza un tigre. Traedme un

trozo de carne de la merienda, una caña larga y un hilo.» Los negritos obedieron al punto las órdenes de su rey,

sin explicarse lo que pretendía hacer con todo aquello. Ya lo veremos. (Continuará.)